

Cuando nos fuimos a la Legión

I

Parados en el vestíbulo del Balmori, Lina y Lucio esperan a su padre que debe venir a buscarlos. Cuidas mucho a tu hermana, recomendó Beatriz; esas películas de espadachines y piratas no la emocionan, y siente que su hijo es un hombrecito maduro capaz de velar por la seguridad de una niña. Lucio vive atento a los cambios de programa en los diferentes cines accesibles: Balmori, Estadio, Parisiana, todo lo que se encuentre a distancia razonable y que no esté “lleno de pelados” (Beatriz piensa que la mezcla de clases sólo funciona en un nivel caritativo) como los cines del centro, o que ofrezca películas inconvenientes. Eso de la inconveniencia se verifica en el folleto dominical de la iglesia, que explica tentadoramente todo lo que no debe verse. Beatriz lo reclama sin falta a la salida de misa, lo ausculta y se lo entrega a Lucio con rayas de bicolor señalando lo permitido en azul y lo prohibido en rojo. Lucio hace una evaluación personal y toma decisiones que casi siempre coinciden con las de su madre; lo azul es para llevar a Lina, y lo rojo es para escaparse con Gastón y Paco, sus amigos cinéfilos. En lo rojo caen todas las películas francesas, muchas “sólo para adultos”, lo cual supone un problema extra. A los catorce años no hay manera de incluirse en la categoría de adultos y menos si se es flaco, pecoso, y los centímetros de estatura se rehúsan a comparecer con la

celeridad deseada. Gastón, atlético, y Paco, con sus anteojos de intelectual, han sido favorecidos por la suerte. Gastón es la vanguardia; se encarga de comprar los boletos y entretener al hombre de la entrada con comentarios sobre el clima, la película o lo que se le ocurra, mientras Lucio se escabulle detrás de Paco. No siempre resulta la estrategia; algún guardián de la moral pública de suspicacia inusitada los detiene y los manda a devolver las entradas con un sermón edificante. El más difícil es el cine Prado; ahí las películas son siempre para adultos, y los taquilleros tienen medidos la estatura y el aspecto de los asistentes.

Los anuncios en la sección de cines del *Excelsior* propagaban una imagen de *La Torre de Nesle* que los mantuvo alborotados durante días. Unos senos descomunales y casi desnudos prometían escenas inquietantes. Se requería una planeación minuciosa; sabían que la oportunidad era única, pues si eran rechazados a la primera no habría manera de repetir el intento. Gastón decidió llevarse una chamarra de su papá como pasaporte a la respetabilidad. Paco se prestó la boina vasca de su abuelo y unos cigarros. Lucio, un año y varios centímetros menor, no encontraba un disfraz plausible. Ensayó con la gabardina de León, que lo asemejó a un Cantinflas próspero; trató de pintarse un ligero bigote y contempló una versión *kindergarten* de Chaplin en el espejo. Gastón le sugirió que pasara por enano, pero los brazos y piernas de potro desnutrido desmentían la posibilidad.

—Mira, ponte un suéter de tu papá y róbate un pañuelo. Cuando entregue los boletos, estornudas y te tapas la cara, así pensarán que eres un chaparro con gripa. Y eso sí, que no te pesquen, porque nos fundes; si se fijan, tampoco a nosotros nos dejan pasar.

La responsabilidad y la tentación se equilibraban angustiosamente. Si me pescan en ésta ya no van a querer que los acompañe, dudaba Lucio de la lealtad de sus amigos. Y si se enteran mis papás, adiós cine. Los padres de Gastón, diplomáticos europeos, eran mucho más tolerantes; el pa-

dre viudo de Paco tenía dos hijas menores para mantenerlo ocupado. Pero Beatriz sería implacable. Un futuro desértico de emociones cinéfilas se insinuaba amenazador. Ni mi papá me saca de ésta si mi mamá lo sabe. Hizo acopio de audacia, anunció que iba a estudiar a casa de Gastón y que lo regresaría el chofer, y se despidió de Lina con el remordimiento pesándole en el estómago. Si sucedía lo peor, ya no lo dejarían llevarla a ella tampoco.

Lucio admiraba a Gastón sin reservas. Parapetado tras un puesto de periódicos, lo vio pedir tres boletos, el cigarro humeándole entre los labios torcidos a la Bogart, sin un temblor en la voz. Qué ademán de hombre de mundo para sacar el dinero de la cartera nueva de su papá, para volver a colocarla con desgano en la bolsa del pantalón, los ojos entrecerrados en un guiño gangsteril. A él le sudaban las manos y le temblaban las rodillas como si lo fueran a guillotinar.

—No te apendejes. Ahora o nunca —lo jaló Paco, él también con el cigarro en la boca pero sin prender porque le daba tos. Los ojos del guardián contaron los boletos en medio de los furiosos estornudos de Lucio. El hombre lo miró de reajo, distraído, y se volteó a comentar algo con su compañero.

Ningún episodio de la vida aventurera de Lucio le provocó una emoción semejante a la de la hora y pico que se pasó en el fondo del asiento entre Paco y Gastón, en la fila más oscura que encontraron y rodeados por el público sórdido de la función de las cuatro, comiendo muéganos y suspirando por los sensuales encantos de la Pampanini.

—¿Por qué no llega papá? —Lina ve los faroles que se encienden y fragmentan la lluvia en mil gotas luminosas—. ¿Se le habrá olvidado que tenía que venir por nosotros?

Lucio cree notar un dejo temeroso en la pregunta. La tarde se ha vuelto fría con la oscuridad creciente y Lina se le pega para protegerse.

—Claro que no. Se habrá entretenido en la oficina.

—¿Y si se le olvidó?

- Nos vamos a la casa.
—¿Sabes irte?
—Claro que sé. Mira, ahí pasa el camión. Pero no quiero que te mojes.
—Lucio... ¿Y si no viene el camión?
—Siempre hay camiones. ¿Te da miedo?
Lina ve la noche lluviosa y luego lo ve a él.
—Contigo no.

Antes de llegar a las funciones dobles del cine Parisiana y del Balmori, Lina participó de la voracidad de Lucio por hurgar en la biblioteca de su padre. Cuando aún no sabía leer, tuvo que ser protagonista de Salgari, de Julio Verne y de P.C. Wren, en ese orden aunque no necesariamente en esa jerarquía. Primero fue *La isla misteriosa (20,000 leguas de viaje submarino)* hubo de esperar la película, porque hay demasiados nombres de peces). Lucio, que abusaba de las prerrogativas de la alfabetización y por lo tanto podía escoger su papel, era invariablemente el ingeniero Ciro Smith. Lina adquiriría el don de ubicuidad y era todo lo demás. El reloj de León (en aquella época los niños no tenían) fue desarmado para hacer fuego con el cristal, y las ollas de la cocina, sujetas con cuerdas del tendedero, sirvieron para llevar el agua de la manguera hasta el tanque de almacenamiento del refugio, instalado tras los macetones de hortensias, tropicales y frondosas. El tanque provocó una intriga molesta en la cocina; la lavandera refunfuñó por la pérdida de la tina de la ropa y llegó a insinuar actitudes poco honestas en perjuicio suyo. Nunca apareció el capitán Nemo porque no había necesidad de dejar la Isla; las cosas se abandonaban cuando empezaba la escuela, y para la siguiente vacación el juego era otro y había que dismantelar las instalaciones. Lina estaba a cargo de defenderlas de los ataques de los salvajes, pero sus esfuerzos eran en general infructuosos y los tesoros se reintegraban a su lugar de origen.

La época mágica, la que perduró por muchos años y

sobrevivió en su recuerdo, fue la de la Legión Extranjera. Lucio leyó *Beau Geste*, *Beau Sabreur*, *Beau Ideal* y todo lo que pudo encontrar. Cuando se agotó el material, conocido por Lina en momentos de generosidad fraterna (lo que le dio a Lucio un perenne diez en lectura en voz alta), hubo que llevarlo a la práctica. Los jardines domésticos son mucho más susceptibles de convertirse en selva que en desierto. Los patios son muy lisos, la tierra de las macetas muy húmeda, las alfombras aceptables pero casi siempre ocupadas por intrusos. Un tío generoso e incauto les regaló un saco de arena sílica; una tarde en que Beatriz estaba ausente y el servicio lloraba con *El derecho de nacer*, extendieron periódicos en la mesa del comedor y crearon un desierto hasta el último detalle, con dunas, oasis y un fuerte donde Digby pudo darle un entierro vikingo a su hermano. Lucio era un niño responsable y conocedor de las leyes físicas, así que el incendio fue imaginario, pero el simún, más inofensivo, se recreó con el ventilador del despacho. La inundación de arena fue motivo de castigos, de la renuncia de la recamarera y de una merma considerable en la popularidad del tío. Lina demostró una lealtad absoluta en todas circunstancias; cuando un Lucio emocionado se dirigió a ella como “firme compañera”, y cuando Lina preguntó ¿ésa quién es?, se le informó que en ese momento encarnaba a Isabel, la prima (y novia) de los Geste.

II

Beatriz tenía un temor visceral de atropellar las quisquillosas sensibilidades del más allá —en general poco tolerantes al atropello—, aunque dichas sensibilidades estuvieran encarnadas en una mitología de fronteras difusas. El catecismo de Ripalda, que blandían como espada de David las monjas de la escuela, se había arrastrado por su infancia dejando rescoldos atemorizantes y figuras de santos narcisistas, despóticos en sus demandas a cambio de los favores solicitados. Aunque

nunca llegó a poner a San Antonio de cabeza —ni cuando interrumpió su noviazgo con León— fue más por elitismo de clase que por convicción. Por aquel entonces las pláticas del padre Pérez del Valle inundaban de azufre la colonia Roma, dibujando formas ominosas en los árboles de la plaza Río de Janeiro y pesadillas en las mentes de sus jóvenes seguidores. Beatriz no asistía a los sermones para señoras porque la agresividad del conferenciante molestaba su naturaleza romántica, pero de vez en cuando una tía beata —y deseosa de contrarrestar la influencia de su hereje y odiada cuñada, o sea la madre de Beatriz— la arrastraba a acompañarla. Bloqueó con éxito las partes más prosaicas (sobre todo eso de que el fuego del infierno quema con la realidad de una plancha; pudo seguir contemplando el artefacto como algo útil y carente de implicaciones extraterrenas); sin embargo, la voz atronadora amenazándola con torturas eternas al menor desvío le dejó la imagen de que todo católico era un equilibrista a cinco metros del piso y sin red de protección.

En esas circunstancias, la indiferencia de León ante las prácticas sociorreligiosas de su medio, la decisión de mandar a Lucio a una escuela poblada por extranjeros ateos —o en vías de serlo— en su mayoría, y la extraña alquimia mental de su hijo que convertía todos los preceptos conocidos en algo discutible, la mantenían en estado de zozobra. No había mucho que hacer en cuanto a León, porque con su burlona tolerancia asistía a toda ceremonia imprescindible; era cortés con los curas instituidos y circunstanciales, y respetuoso con la tía beata y las amigas. Lucio era desesperante. Cuando le insistía en que los acompañara a misa o a comulgar, se enfrascaba en una discusión sin fin que terminaba en una súplica maternal, ¿por qué no puedes creer simplemente en lo que se te dice?, y sólo obtenía un tranquilo ¿y por qué tengo que creer en lo que me dicen?

—No puede ser así a los catorce años, León. Alguien le mete esas ideas en la cabeza. Esa escuela horrible que escogiste.

—¿Por qué supones que tu hijo no puede pensar por sí mismo?

—Porque no, no es normal. Si sus padres, sus abuelos, sus amigos no son así, no tiene por qué ser diferente. Es pura terquedad.

—Sería terquedad si lo obligáramos. Él piensa lo que quiere.

—Ese es el problema; que tú no lo obligas, y a mí no me hace caso.

—En primer lugar, no quiero ni puedo obligarlo; y en segundo, sería peor.

—Pues no me parece que mi hijo sea un descreído. Y además, Lina, León. Va a acabar por hacerla igual. Nadie la va a querer, imagínate.

Las carcajadas de León la indignaron.

—Tiene diez años, mujer. No te preocupes; además, está en escuela de monjas, ¿no?

—Sí, pero ya viste lo que pasó con la señorita Josefina. Quién sabe qué inventaron entre los dos y te convencieron.

—Eso no fue más que un sano instinto de conservación de los niños.

El tema de la señorita Josefina había sido vedado desde su huida y Beatriz prefirió no desenterrarlo.

A los Beltrán Courtelle —el Courtelle debía haberse perdido en la generación anterior, pero Beatriz lo rescató como el tributo más valioso de su marido al linaje familiar— les había sucedido lo que los padres compadecen en los demás y esperan que no les pase nunca: a Lucio lo expulsaron del colegio por motivos inconfesables. No fue repentino; las nubes de tormenta se anunciaban hacía ya rato, y Lucio mantenía un equilibrio cada vez más precario sobre la cuerda floja de la moral marista. Había sobrevivido hasta entonces con una marcada falta de galardones de honor y bandas de excelencia. Las libretas ostentaban una colección de nueves y dieces hasta que se llegaba a las asignaturas de moral y buena conducta; ahí el asunto caía en picada para no reponerse jamás. Beatriz

se preocupaba. Eso de la moral es tan ambiguo, y permite vislumbrar rendijas siniestras en la composición caracteriológica de los muchachos. León, más ecuánime, explicaba: no es que haga cosas indebidas, mujer, se trata simplemente de criterio. Las razones de la debacle eran vagas por parte de los maestros. Es un muchacho rebelde, no responde a los consejos de sus superiores, tiene problemas con la autoridad. De vez en cuando, algún dato concreto; le contestó mal al maestro en clase de biología, es descuidado en sus deberes religiosos, y un día, horror, se le escuchó referirse a un reverendo hermano como “la coqueta”. Lucio atravesaba los páramos sin perder la serenidad y se escudaba tras la tolerancia paterna. Los muchachos son rebeldes a esa edad, Beatriz, y esos idiotas mojigatos pretenden hacerlos borregos. Beatriz se escandalizaba por partida doble; hubiera querido un hijo modelo, y un marido más respetuoso de las instituciones y sus afiliados. Se desvelaba imaginando cuáles podrían ser esas turbias faltas a la moral, tan amenazadoras en su ambigüedad.

Antes del holocausto final, sucedió otro, de menos importancia pero de mayor escándalo. Lucio llegó un día a media mañana con un recado del director para los padres, conminándolos a presentarse de inmediato a discutir la conducta de su hijo, suspendido temporalmente de la escuela. Como los padres no estaban, Lucio dejó el recado, visible a los ojos de cualquiera, sobre el buró, y se dedicó a proseguir la construcción de un poblado indio y a ensayar una pintura de guerra sobre la cara de Lina con los maquillajes de su madre. Cuando Beatriz iniciaba un regaño por el robo, Lucio quiso distraerla y le entregó el sobre. Por cierto, mamá, te mandaron esto de la escuela. Beatriz guiñó los ojos y la mente para descifrar el mensaje, se puso lívida y contempló la expresión candorosa del culpable.

—¿Ahora qué hiciste?

—Nada...

—Lucio, eres imposible. Cómo nada. Se me cae la cara de vergüenza cada vez que me llaman de la escuela. A ninguna

de mis amigas les sucede esto. Tu pobre padre, tener que escuchar tanta queja.

—Pero si a papá no le importa tanto, mamá.

—Eso crees, porque tu padre te consiente demasiado.

Qué vergüenza, Dios mío. A ver ahora qué se te ocurrió.

—De veras nada, mamá. El profesor estaba de malas, ma...

—Mira, Lucio, cállate. Y déjame hablar con tu papá a solas.

Lucio respiró con el “papá”. Cuando Beatriz pasaba a apelativos más solemnes, “padre” y “madre”, las cosas se ponían feas. Su papá era padre para las ocasiones extremas y su mamá, madre cuando se sentía mártir. Seguramente por eso nada más había padres y madres en las historias de *Corazón, diario de un niño*; ahí las situaciones siempre eran críticas y no había lugar para papás y mamás.

—León, por favor no lo tomes a la ligera. Nos lo van a expulsar, por Dios. Qué horror, qué dirán...

—¿Qué dirán quiénes, Beatriz? No te exaltes antes de tiempo, vamos a hablar con este hombre.

—Pero mañana, León. No puede quedarse sin ir a la escuela.

—Mira, mañana no puedo. Tengo juicio temprano. Ve tú, y si es muy importante me llamas a la oficina.

—Claro, por eso no te preocupas. Con ve tú te quedas tan tranquilo, y yo tengo que pasar la pena.

—No es para tanto, Beatriz. Verás...

La imagen de la madre respetable, traje sastre, tacón bajo y cero pintura, alhajas discretas para dar el toque de clase, Beatriz siente temblarle las piernas ante la puerta del director. Nunca ha podido superar el terror desde sus tiempos en la escuela de monjas. Una cita con la directora era la ignominia, el descrédito reservado para las mal portadas. Ella siempre fue una buena alumna, obediente y querida. Por qué tiene que pasar por estos desfiguros. Y sola, además.

La mano que estrecha la del director está helada y pegajosa de sudor.

—A mi marido le fue imposible venir, señor director. Usted sabe, su trabajo... Pero está muy preocupado, desde luego.

—Tiene razón de estarlo, señora Beltrán. No hay nada peor para un padre cristiano que un hijo rebelde. Por lo demás, francamente, y dada la índole del problema, hubiera preferido hablar con su esposo. Por delicadeza, sabe usted...

A Beatriz se le va la voz y la compostura.

—No importa, puede usted hablar conmigo —aunque quisiera salir corriendo y dejar que otro oiga lo que viene.

—Pues bien... Me resulta difícil decirle esto a una dama, señora Beltrán. A su hijo se le encontraron publicaciones... digamos inconvenientes.

—¿Publicaciones?

—Sí, señora, publicaciones, revistas. Una revista... obscena.

—Pero cómo... Eso es imposible. En mi casa no hay esas cosas.

—El mal no tiene barreras, señora. Su hijo las habrá comprado.

—Pero, no se le ocurriría.

—Eso piensan siempre los padres, señora, que sus hijos son incapaces, que no tienen la oportunidad. Están cegados por la confianza. Pero los jóvenes tienen una especial destreza para el engaño y la mentira.

—Eso no, señor director. Lucio no es mentiroso.

—Peor aún, señora, es cínico. Nunca negó que la revista fuera de su propiedad.

—Bueno, y ¿qué revista...?

—Me parece inconveniente que usted la vea. Preferiría hablar con su esposo.

—Mi esposo es un hombre muy ocupado, no sé cuándo podrá venir. Por favor, señor director, prefiero aclarar esto ahora, si no, Lucio se quedará en la casa.

El director suspira; grandes dudas se transparentan por sus gafas a media nariz.

—Si usted lo quiere... —suspira de nuevo, hurga en el cajón y toma con la punta de los dedos, como si fuera un animal dañino, un cuaderno sucio y deshojado—, vea usted: *Ja-ja*.

La sentencia se cuelga del aire con el silencio. Beatriz recibe la revista con horror paralelo, la abre y la hojea. Unas muñecas con cuerpo de guitarra y atuendos escasos le brincan ante los ojos. Lee uno o dos párrafos.

—Pero esta es una revista de chistes...

—¡Señora Beltrán! ¿Le parece a usted una lectura adecuada para su hijo?

—No, claro, es vulgar, pero obscena... —la palabra se le atora.

—Su hijo está en la edad de las máximas tentaciones, y es evidente que no tiene criterio para apartarse de las lecturas prohibidas; expone su fe y su integridad.

—Lucio es muy aniñado, se pasa el tiempo jugando con su hermana.

—Vigile usted esos juegos, señora. Un muchacho con estas inclinaciones...

El telefonazo dejó sordo a León, y la urgencia del llamado lo hizo acudir a toda prisa.

—¿Qué pasó, Beatriz?

—Mira, ve tú a la escuela. León, me dijeron cosas horribles. El director encontró a Lucio con esto —y le tiende la revista.

León la hojea y se le escapa una sonrisa.

—A qué escuincle. Llevarse esto a la escuela. No te apures...

Beatriz se pone a llorar

—León, me dijeron algo tan horrible.

—Pero qué, por Dios. No es para tanto. Es una estúpida revista de chistes.

—El director dice que... que al ver a estas mujeres tan...

provocativas, Lucio se imagina a la Virgen, y a... mí... así, medio desnudas.

Un León desencajado y no muy propio en su lenguaje se lanzó al colegio y de alguna manera calmó el temporal para que Lucio regresara a clases.

—León, el director de Lucio te quiere ver; a ti solo.

—Y ahora qué hizo; ¿otro crimen como el anterior?

—Por favor no bromees. Esto es en serio; tienes que hablar con él, tienes que hacer que reaccione.

Con una tranquilidad más aparente que real, León arrastró a Lucio, pálido y sin desayunar, a recibir la sentencia. Los hicieron esperar en una salita lúgubre. Reverendos hermanos maristas entraban y salían con miradas reprobatorias al delincuente y acusadoras para el progenitor de tan turbulento vástago. León fumaba y se comía las uñas, analizando detalles de la vida de su hijo en busca de algún dato relevante. Ni siquiera se atrevió a interrogarlo una vez más, temeroso de enfrentar una confesión enorme para las paredes con figuras de santos y los transeúntes píos.

—Puede usted pasar, señor Beltrán. Tú no, espera aquí a tu padre —le dijo el secretario a Lucio, que se levantó como resorte al verlo. León dudó en abandonar a su hijo.

—¿No será mejor que me acompañe?

—Usted solo, señor Beltrán.

—Ahorita vengo, Lucio. No te vayas.

El director se elevó por encima de su escritorio y le alargó una mano lánguida.

—Señor Beltrán. Tenga la bondad —la mano señaló un sillón de cuero verde. León se acomodó y su instinto legal recomendó el ataque.

—Señor director, creo que hay un malentendido respecto a mi hijo, y quisiera aclararlo.

El director lo miró como si hablara sánscrito y guardó silencio. León se refugió en sus cigarros.

—¿Me permite? —corrió la cortesía *a posteriori*.

—Naturalmente.

El silencio se estiró como hule y se aposentó sobre sus cabezas.

—Entiendo que la suya es una familia cristiana, señor Beltrán.

—Sí... sí, creo sinceramente que podría usted considerarla así.

—Bien... —los dedos jugaron con el rosario negro sobre el escritorio—. Es mi penoso deber como director de esta comunidad católica informarle que Lucio no puede seguir con nosotros.

—Debe tratarse de una confusión, señor director. Lucio es un niño inteligente, tal vez un poco rebelde, pero no creo que haya...

La voz del director retumbó.

—Lucio ya no es un niño. La niñez es la edad de la inocencia. Es mi deber preservarla entre los alumnos.

León recordó el *Ja-ja* y vislumbró posibilidades siniestras, glúteos pellizcados por una mano atrevida.

—Francamente, ¿qué hizo Lucio?

—¿No le ha dicho?

—No.

—Es una lástima que no haya confesado su falta ante usted. Bien... —los dedos buscaron el rosario—. Lucio cometió una herejía imperdonable contra la fe.

A León casi se le cae el cigarro de alivio.

—Ah, bueno.

Los ojos del director lo fulminaron.

—¡Señor Beltrán! Este es un colegio católico para la formación de cristianos en la fe. Su hijo es un elemento indeseable, la manzana podrida que puede pervertir a los demás.

A León le cosquilleó la furia.

—Lucio tiene doce años, señor director. Es un niño alegre y travieso, como todos a su edad. No creo que pretenda ni remotamente pervertir a nadie.

—El mal no tiene edad, señor Beltrán. Los jóvenes son

influenciables, ceden a la tentación y a la duda. Bastante nos afligen los males externos como para permitirlos en el seno de la comunidad —los ojos del director se elevaron píos.

León encendió otro cigarro.

—No entiendo. ¿Qué fue eso tan terrible que hizo Lucio?

—Dijo, señor Beltrán. Esta vez no hizo. Dijo.

—Bueno, ¿qué dijo?

La mano escarbó en el cajón y sacó un papel.

—Textualmente... —el director suspiró apesadumbrado— le estoy citando sus palabras referidas por su maestro. Delante de todo 6º. B, señor Beltrán. En clase de moral. Textualmente... —suspiró de nuevo— dijo: Si Dios deja que pasen esas cosas, entonces no es Dios.

—¿Y...?

—Cómo, y. Es todo. ¿Le parece poco?

A la sugerencia del director —atento a la inminente condenación de Lucio— de recomendarle una escuela adecuada, tal vez un internado estricto, León contestó frío. Ellos se encargarían de tomar las decisiones pertinentes. Salió de la oficina con la mandíbula trabada y remolcó a Lucio hasta el coche.

—Papá...

—¿Qué?

—¿Qué pasó?

—No pasó nada. Te cambio de escuela.

—¿Estás enojado?

—No me hace gracia el asunto. ¿Por qué tienes que andar contradiciendo a estos mochos idiotas?

—Se me salió...

La cara de alivio de Lucio le dio risa a pesar suyo.

—Ay, hijo, a tu mamá le va a dar un ataque. A ver qué hacemos contigo —y le dio un jalón de pelo cariñoso.

La conspiración padre e hijo tuvo repercusiones domésticas. Beatriz se desesperaba. Era la escuela de la gente decente,

todos los hijos de sus amigas estaban ahí, qué dirían de ellos; su hijo expulsado. León terminó por enfurecerse.

—No me importa lo que digan tus amigas. —La violencia asustó a Beatriz.

—¿Si lo mandamos a un colegio militar? Se vería tan guapo, de uniforme, con su espada y lleno de medallas...

—Y convertido en robot. Cómo se te ocurre.

—Pero, ¿qué hacemos, León?

—Hacemos, nada. Mañana lo inscribo en el Liceo Francés.

Beatriz palideció. Un colegio ateo, de gentes extrañas; qué amigos irá a tener, por Dios.

—Alguien con algo más que aserrín en la cabeza. Ya es hora —y no admitió discusión del asunto.

A Lucio se le aligeró el panorama con el cambio de escuela. Beatriz intentó mandarlo al catecismo para quitarle las malas ideas, pero León se opuso. Ya hizo la primera comunión, ¿verdad? Déjalo en paz.

El mundo masculino se amuralló y Beatriz se quedó fuera, derrotada. Le atemorizó la posibilidad de volver a empezar con Lina. Con tales influencias, y la adoración que tiene por su hermano. Las monjas no admiten esas cosas, y si está mal que un muchacho vaya a una escuela atea, en una niña es un delito. Discutió el asunto con León y decidieron contrarrestar los vientos de herejía. Consiguió a una monja frustrada de credenciales y reputación impecables que preparara a Lina para la primera comunión. Así llegó la señorita Josefina: ojos azules y una cara de muñeca deslavada gravitando sobre un cilindro negro.

Lina se divirtió al principio. Las historias de guerreros y de magia tenían un cierto encanto, aunque su educación estaba demasiado avanzada para tomarlas muy en serio. Alguien que ha vivido la Legión Extranjera difícilmente acepta el escaso glamour de los héroes bíblicos y los trucos divinos que les dan el triunfo. Atravesaba por una etapa de abandono;

Lucio estaba tan emocionado con la posibilidad de opinar sin atraer las iras de los dioses sobre su cabeza que la tenía relegada a los fines de semana. Además, llegaba tarde, pensativo y con pilas de libros para estudiar; Lina tuvo que enfrentarse sola a la señorita Josefina. La maestra ponía un énfasis enorme en las virtudes de la memoria, y Lina era una especialista en la materia. Se aprendió el catecismo de Ripalda con puntos y comas; podían preguntárselo al revés, al derecho y en desorden sin que sufriera la menor equivocación. La señorita Josefina aleteaba de contento por tener a una alumna tan aprovechada y tan piadosa, y reportaba progresos diarios a Beatriz.

El paso de la memorización a las explicaciones empezó a despedir humaredas. La señorita Josefina estaba acostumbrada a cooperar en la salvación de almas sumisas, y la controversia la descomponía. ¿Qué es lujuria? Si Dios es todopoderoso y hace cuanto quiere, ¿por qué permite que se enferme la gente? (Por aquel entonces se acababa de morir la mamá de su amiga Magda, y Lina abrigaba sentimientos confusos acerca de la justicia divina.) Una frase críptica perjudicó la armonía: “por nos redimir de nuestro pecado y del enemigo malo”. Aquí el primer escollo fue de orden gramatical y se salvó con el argumento de los cambios de lenguaje según las épocas. El segundo fue más abrupto. ¿Quién es el enemigo malo? El demonio, claro. Lina no había tenido ocasión aún de conocerlo y acudió a su mentor para recibir explicaciones, transcribiendo la respuesta en su totalidad: eso no existe. ¿Quién dice? Mi hermano. La señorita Josefina llamó a las autoridades para presentar su queja. No podía instruir a una criatura inocente si alguien más intervenía con propósitos malévolos. Beatriz suplicó discreción y los demonios proliferaron; ahuyentados por el agua bendita, tentando a los justos con inclinaciones y pasiones malas, recordando los usos de los mundanos. La crisis semántica y moral se agudizó, y Lina buscó apoyo contra la plaga que amenazaba invadir los últimos resquicios de cordura. Lucio se reintegró a sus deberes fraternos en vista de la emergencia.

—Está loca, no le hagas caso.